





## UN GOLPE DE ESTADO

HABÍAN llegado á París noticias de la derrota de Sedán. Proclamábase la República. Toda Francia sentía el comienzo de la demencia que se prolongó hasta después de la *Commune*. Jugaban á los soldados en todo el territorio.

Algunos tenderos eran coroneles y desempeñaban cargos de generales; cuchillos y revólvers lucían sobre abultados y pacíficos vientres envueltos en ceñidores rojos; humildes burgueses, convertidos, por casualidad, en caudillos, al frente de sus batallones de voluntarios, renegaban como carreteros para darse importancia.

El solo hecho de verse con armas y manejar un fusil enloquecía de tal modo á la gente acostumbrada sólo hasta entonces á manejar las balanzas, que la hizo temible para cualquiera. Fusilaban á inocentes para cerciorarse de que sabían asesinar; tiroteaban, recorriendo las campiñas donde no habían pisado aún los prusianos, haciendo víctimas á los perros vagabundos, á las vacas pacíficas, á los caballos enfermos que pacían en los prados.

Cada cual se creía predestinado á un importante destino militar. Los cafés de los pueblos donde se reunían los comerciantes, de uniforme, parecían cuarteles ó ambulancias.

Los vecinos de Canneville ignoraban aún las desastrosas noticias del Ejército y de la capital; pero un continuo sobresalto los tenía inquietos desde un mes antes, poniendo frente á frente los partidos contrarios.

El alcalde, señor vizconde de Varnetot, un hombrecillo delgado, antiguo legitimista que para satisfacer ambiciones políticas afilióse al Imperio poco antes de la guerra, vió surgir un adversario decidido en el doctor Massarel, grandote y robusto, jefe del partido republicano en el distrito, venerable de la logia masónica de la capital, presidente de la Sociedad de Agricultura, del Cuerpo de Bom-

beros, y organizador de la milicia rural que debía defender aquella región.

En quince días halló manera de convencer á sesenta y tres hombres, casados y padres de familia, para que se alistasen de voluntarios y se comprometiesen á defender el territorio; eran todos ellos campesinos prudentes ó comerciantes reposados, y hacían el ejercicio, por las mañanas, en la plaza de la Villa.

Cuando iba el señor vizconde á su despacho de alcalde—y esto acontecía ya pocas veces—el comandante Massarel, luciendo sus pistolas y empuñando el sable, hacía vociferar á su tropa: «¡Viva la patria!» Y había creído notar que desconcertaban al menudo vizconde aquellas voces que le parecían tal vez amenazadoras, como un desafío, y le recordaban, sin duda, la para él odiosa Revolución.

El 5 de Septiembre, por la mañana, el doctor, muy engalanado y con el revólver sobre la mesa, oía en consulta las razones de un campesino—que teniendo várices de siete años atrás, aguardó á que su mujer estuviera enferma para ir á casa del médico los dos juntos—cuando el cartero le llevó el periódico.

Lo desdobló el señor Massarel, palideció, irguióse bruscamente y, alzando los brazos con un gesto

de repentina exaltación, comenzó á vociferar con toda la fuerza de sus pulmones, ante los dos campesinos atolondrados:

— ¡Viva la República! ¡Viva la República! ¡Viva la República!

Luego se desplomó en una butaca, desfallecido por la sorpresa.

Y cuando el cliente se atrevió á proseguir, diciendo:

— ... Yo sentía como si me corriesen hormigas por las piernas...

El doctor Massarel interrumpióle:

— ¡Déjenme ustedes en paz! ¡Ahora no puedo entretenerme con esas tonterías! La República está proclamada, el Emperador, prisionero, ¡se ha salvado el país! ¡Viva la República!

Y acercándose á la puerta, gritó:

— ¡Celeste! ¡Pronto! ¡Celeste!

Asustóse la criada y fué corriendo. El doctor tartamudeaba, queriendo hablar de prisa:

— Mis botas, mi sable, mi cartuchera, mi puñal español, que dejé sobre la mesa de noche. ¡De prisa!

El obstinado campesino aprovechó un instante de silencio para insistir:

— ... Como si al andar, las faltriqueras me rozasen...

Pero el médico, exasperado, bramó:

— ¡Déjeme usted en paz! Si tuviera la costumbre de lavarse los pies, no le pasaría eso!



Y agarrándole por la solapa le arrojó al rostro esta pregunta:

— ¿No comprendes que ya tenemos República, pedazo de bruto?

Atendiendo al decoro profesional, calmóse de pronto, y mientras empujaba suavemente hacia la puerta de la calle á los campesinos atolondrados, repetía:

—Vuelvan mañana, vuelvan mañana; hoy no me queda tiempo, amigos; vuelvan mañana.

Equipándose de pies á cabeza, daba otra serie de órdenes urgentes á la criada:

—Corre á casa del teniente Picart y á casa del subteniente Pommel, y diles que los aguardo, que vengan pronto. Que venga también Torchebeuf con su tambor. ¡De prisa! ¡de prisa!

Y cuando Celeste hubo salido, meditando, se dispuso á resolver las dificultades que pudieran surgir.

Los tres hombres llegaron juntos, en traje de casa. El comandante, que se prometía verlos de uniforme, tuvo un momento de inquietud:

—¿Es que no sabéis nada todavía? ¿Qué, no estáis enterados aún? El Emperador, prisionero; la República, proclamada. Es preciso hacer algo. Mi situación es dificultosa; mejor dicho, comprometida.

Reflexionó algunos instantes viendo las caras de sorpresa que ponían los tres hombres, y luego prosiguió:

—Es preciso hacer algo; los minutos valen por horas en semejantes casos. Todo estriba en la presteza de las decisiones. Usted, Picart, avístese con el cura, obligándole á que mande tocar á rebato, para que se reúna toda la población, á la que debo prevenir. Usted, Torchebeuf, haga un llamamiento á redoble de tambor por todo el concejo, hasta en los caseríos de la Guerisaie y de Salmare, para que se reúnan los milicianos en la plaza. Usted, Pommel, vístase de uniforme inmediatamente; iremos á posesionarnos de la Alcaldía, para obligar al señor de Varnetot á que me haga entrega de todo. ¿Comprendido?

—Sí.

—Pues manos á la obra, con ligereza. Le acompañaré hasta su casa, Pommel, ya que ambos hacemos un solo servicio.

A los cinco minutos, el comandante y el subalterno, armados hasta los dientes, desembocaban en la plaza en el momento en que por otra calle acudía el mínimo vizconde de Varnetot, con polainas como si fuese á cazar, la escopeta lefauchoux al hombro, seguido por tres guardas con la blusa verde, con el cuchillo de monte colgante de la cintura y la carabina en bandolera.

Mientras el doctor se detuvo, estupefacto, los

otros penetraban en la Casa de la Villa, cuya puerta se cerró tras el último de los cuatro.

—Se han adelantado—murmuró el médico—. Es preciso aguardar á que vengan refuerzos. Nada es posible hacer durante quince minutos.

El teniente Picart, presentóse diciendo:

—El cura se ha negado á obedecer, encerrándose con el sacristán y el pertiguero en la iglesia.

Frente á la Casa de la Villa, impenetrable y blanca, erguíase la iglesia renegrada y silenciosa, con sus puertas de obscura y claveteada encina.

Curiosos los vecinos, asomaron las narices á las ventanas ó salieron á los umbrales de sus viviendas. Oyéronse redobles de tambor y apareció Torchebeuf, comenzando su llamamiento. A paso gimnástico atravesó la plaza y alejóse por el camino de las mieses.

El comandante desenvainó el sable, y colocándose á igual distancia de la Casa de la Villa y de la iglesia donde se habían encastillado sus enemigos, blandiendo el acero por encima de su cabeza, mugió con toda la energía de sus pulmones:

—¡Viva la República! ¡Mueran los traidores!

Y volvió á reunirse con sus oficiales.

El carnicero, el panadero y el boticario, temero-

sos, cerraron sus establecimientos. La droguería solamente se mantuvo abierta.

Poco á poco se presentaron los milicianos, vestidos cada cual á su ma-



nera, y por todo uniforme llevaban un quepis negro con galón rojo. Iban armados con viejas carabinas y escopetas oxidadas, que durante muchos años ninguno descolgó de un clavo de la cocina; más

que soldados, parecían todos guardas campestres.

Cuando contó unos treinta en torno suyo, el comandante hizo relación en pocas palabras de los acontecimientos, y después dijo á su estado mayor:

—Ya es hora de hacer algo.

Se reunían los vecinos, agrupábanse y charlaban.

El doctor dispuso al momento su plan de campaña:

—Teniente Picart, acérquese usted á la Casa de la Villa, y en nombre de la República, exíjale al señor Varnetot que resigne sus poderes en mí.

Pero el teniente — un albañil — se negó á obedecer, diciendo:

—Cualquiera va con el recado, para que me suelten un tiro. Gracias. Ya sabe usted que los cuatro tienen buena puntería. Vaya usted mismo á entenderse con ellos.

El comandante se acaloró, y dijo:

—Está usted sujeto á la disciplina; obedezca mis órdenes!

Pero el teniente se mantuvo firme:

—¡Cualquier día voy á que me den un balazo!

Los personajes del pueblo, reunidos en un grupo, soltaron la risa. Y uno exclamó:

—Haces bien, Picart; no es oportuno.

El doctor murmuró:

—¡Cobardes!

Y, entregando á un ordenanza su sable y su revólver, avanzó con paso lento y con los ojos fijos en las ventanas, temiendo ver un cañón de carabina, que le apuntase.

Cuando se hallaba muy próximo al edificio, se abrieron las dos puertas laterales que abrían paso á las dos escuelas, y una muchedumbre de niños y de niñas invadió la plaza, corriendo y chillando como una manada de patos, en torno del doctor, el cual no conseguía en aquel tumulto hacerse oír.

Apenas hubieron salido los últimos, cerráronse de nuevo las dos puertas; dispersóse la chiquillería por todas las calles y volviendo á quedar solo, el doctor vociferó:

—¿El señor Varnetot?

Abrióse un balcón del primer piso; el señor Varnetot apareció asomado.

Y el comandante dijo:

—Señor: No ignora usted lo que sucede, y que ha cambiado la faz del Gobierno. El que usted representa ya no existe, y sube al poder el que represento yo. En estas circunstancias, dolorosas, pero decisivas, vengo á pedir, en representación de

la República proclamada, que resigne usted en mi su autoridad.

El señor de Varnetot, respondióle:

—Señor doctor, soy alcalde nombrado por una soberanía competente, y continuaré siendo alcalde mientras no sea revocado y reemplazado por un mandato de mis superiores. Como alcalde que soy, la Casa de la Villa es mi casa, y no saldré de aquí. Por lo demás, puede usted echarme cuando quiera... Inténtelo si le place.

Y cerró la ventana.

El comandante reunióse á su tropa. Y antes de arengar á los voluntarios, miró con desprecio al teniente Picart, y le dijo:

—¡Es usted un valiente! ¡Un hombre arriesgado!... El oprobio del Ejército. Le quito desde ahora los galones.

El teniente respondió:

—Me importa muy poco.

Y fué á reunirse al grupo donde se murmuraba.

Entonces el doctor vaciló. ¿Qué hacer? ¿Dar un asalto? Pero ¿su tropa le obedecería? Y además, ¿hallábase autorizado para ello?

Tuvo una idea luminosa. Corrió al telégrafo, situado en la misma plaza, y puso tres despachos:

El primero, á París, dirigido á los señores miembros del Gobierno republicano.

El segundo, á Ruen, para el señor prefecto republicano del Sena-Inferior.

Y el tercero, al sub-prefecto republicano de Dieppe.

Daba cuenta de su anómala situación, explicando los peligros que amenazaban al conde si no dimitía el antiguo alcalde monárquico; y, ofreciéndose, pedía órdenes, acompañando su nombre—al firmar—de sus varios títulos.

Al reunirse de nuevo con la tropa, sacó del bolsillo diez francos, diciendo á su gente:

—Para vosotros, amigos míos; comed y echad un trago; pero que nunca falte aquí un destacamento de diez hombres para que nadie salga de la Alcaldía.

El ex teniente Picart, que hablaba con el reloj-





ro, enteróse de lo que decía el comandante, y añadió con zumba:

— Pues como no salgan ellos; por su gusto ¡cualquier día entran ustedes! ¡Cualquier día!

El doctor, despreciando aquellas palabras, fuese á almorzar.

Por la tarde puso centinelas en todo el perímetro del concejo, como si temiese una sorpresa.

Pasó varias veces ante las puertas de la Casa de la Villa y de la parroquia, sin advertir nada sospechoso, ni el ruido más insignificante, como si dentro de ambos edificios no hubiese nadie.

El panadero, el carnicero y el boticario abrieron otra vez sus establecimientos.

Se charlaba mucho en todas partes. Confirmándose la noticia del Emperador prisionero, no tardaría tampoco en decirse que hubo traición; de otro modo no era posible. Nadie sabía cuál de las Repúblicas triunfaba.

Se hizo de noche.

A eso de las nueve, solo y silenciosamente, llegóse á la Casa de la Villa el doctor, seguro de que su adversario habría ido á dormir á su casa; y cuando hizo intenciones de forzar la cerradura, una voz potente, la de un guarda, le preguntó de pronto:

— ¿Quién va?

Y el señor Massarel escapó lo más de prisa posible.

Al amanecer seguía todo igual.

Formaban los voluntarios en un extremo de la plaza, y los demás vecinos del pueblo, agrupados en torno de la tropa, esperaban la solución. Los de las próximas aldeas iban llegando, atraídos por la curiosidad.

Comprendiendo el doctor que se jugaba en aquel trance toda su importancia política y social, decidióse á poner término al conflicto de alguna manera, y disponiase á tomar una resolución—enérgica seguramente—cuando la puerta del Telégrafo se abrió, dejando paso á la criadita de la directora, que llevaba dos papeles.

Acercóse al comandante y le dió uno de los telegramas; luego, atravesando la plaza desierta—intranquila porque todos los ojos la seguían, bajando la cabeza y adelantándose con pasos menudos y rápidos—llamó suavemente á la puerta de la Casa de la Villa, como si hubiera ignorado que allí se atrincheraba, dispuesto á defenderse, un partido en armas.

Entreabrieron el postigo, una mano de hombre cogió el telegrama, y la criadita se retiró sofocadí-

sima y á punto de llorar, al verse acosada por los ojos del pueblo entero.

El doctor dijo con acento vibrante:

—¡Un poco de silencio!

Y al ver á la muchedumbre callada y atenta, prosiguió, dándose importancia:

—Ved la comunicación que recibo del Gobierno.

Y sosteniendo en alto el telegrama, leyó:

*Antiguo alcalde, revocado. Publique noticia. Recibirá instrucción es.*

*Por el subprefecto,*

*SAPIN, concejal.*

Triunfaba. Su corazón latía violentamente de júbilo, y le temblaban las manos. Pero su antiguo subalterno Picart le gritó desde un grupo cercano:

—Eso está muy bien; pero si los otros se niegan á salir, el telegrama le servirá de mucho.

El doctor Massarel palideció. Si los otros no salían, era inevitable conquistar la fortaleza; ya no por derecho, sino por deber.

Y mirando con ansia la Casa de la Villa, esperaba que abriesen la puerta y se retirasen los adversarios.

Pero la puerta seguía cerrada. ¿Qué hacer? La

muchedumbre de curiosos aumentaba, envolviendo á la tropa. Los más reían.

Una reflexión torturaba principalmente al médico. Para dar el ataque se imponía que fuera él mismo al frente de sus hombres, y como en cuanto le matasen á él no había pretexto para seguir luchando, era seguro que los tres guardas y el señor de Varnetot dispararían contra él solamente. Y eran buenos cazadores; Picart acababa de repetírselo.

Pero tuvo una idea salvadora, y dirigiéndose á Pommel, dijo:

—Vaya usted corriendo á la botica y dígame al boticario que me preste una servilleta y un bastón.

El teniente fué corriendo.

En un instante confeccionaron una bandera blanca, y el médico supuso que aquella bandera tal vez alegrara el espíritu legitimista del antiguo alcalde.

Presentóse de nuevo Pommel con una servilleta y un mango de escoba. Sirvieron unos cordeles para fijar en el asta el trapo, y el señor Massarel, enarbolando su bandera, fuese decidido hacia la Casa de la Villa. Cuando estuvo á corta distancia de la puerta, gritó:

—¡Señor de Varnetot!

Abrióse la puerta de pronto, apareciendo el se-

ñor de Varnetot en el umbral, seguido por los tres guardas.

Retrocedió el doctor, impulsado por un movimiento instintivo; luego saludó cortésmente á su adversario, y ahogado por la emoción, dijo:

—Vengo, señor, á comunicarle instrucciones que acabo de recibir.

El vizconde, sin inclinar siquiera la cabeza, respondió:

—Me retiro; pero sepa usted que no es por miedo, ni por acatar órdenes del odioso Gobierno que usurpa el poder.

Y silabeando claramente las palabras, terminó:

—Es que no quiero servir á la República ni un solo día. Ya está usted enterado.

Al señor Massarel no se le ocurrió ninguna respuesta pertinente, y el señor de Varnetot, que tampoco hizo intención de aguardarla, desapareció por el otro extremo de la plaza entre su escolta.

Entonces el médico, radiante de orgullo, dirigióse hacia la multitud, y, al hallarse cerca, gritó:

—¡La República sigue su camino triunfal!

A nadie conmovieron aquellas palabras. El doctor continuó:

—El pueblo es libre; ya sois libres, independientes. ¡Podéis enorgulleceros!

Los campesinos, inertes, le miraban, sin que asomase á sus ojos el menor entusiasmo.



Él también los miró indignado al sentir tanta indiferencia; se preocupaba de lo que podría decir, de lo que podría intentar para enardecer los

ánimos, cumpliendo con su misión de iniciador.

Tuvo una idea feliz, y dirigiéndose á Pommel, ordenó:

—Teniente, vaya usted al salón de sesiones y traiga el busto del emperador y una silla.

Pronto compareció de nuevo el hombre con el busto en yeso de Bonaparte sobre el hombro derecho y con una silla de anea en la mano izquierda.

El señor Massarel, saliéndole al encuentro, cogió la silla de anea; puso en el asiento la efigie blanca, y, retrocediendo algunos pasos, clamó con voz sonora:

—¡Tirano, tirano, ya caíste; caíste de la peor manera: ¡en un lodazal! A tus pies gemía la patria expirante; pero el Destino te hiere, vengándonos. La derrota y la vergüenza van contigo, son tuyas; caes vencido, prisionero del prusiano; y sobre las ruinas de tu imperio, que se desploma, la joven y radiante República se alza, recogiendo tu espada rota...

Esperaba que le aplaudiesen; pero no hubo ni una exclamación, ni un aplauso. Los campesinos, absortos, callaban, y el busto de afilados y largos bigotes, bien peinado, como una muestra de peluquero, parecía dirigir al señor Massarel la son-

risa de sus labios de yeso, una sonrisa inefable y burlona.

Así estuvieron frente á frente; Napoleón III, sobre la silla; el doctor de pie, á tres pasos de distancia.

Le rebosaba la cólera; pero ¿qué hacer para galvanizar al pueblo y conquistarse definitivamente una victoria en la opinión?

Su diestra, indecisa, tropezó sobre su vientre con la culata del revólver, sujeto al cinto rojo.

Nada se le ocurría: ni una idea, ni una palabra; empuñando el revólver, avanzó, y disparó á boca de jarro sobre la cabeza de yeso del monarca.

La bala hizo en la frente un agujero redondo, como una pequeña mancha, que no produjo ningún efecto. El señor Massarel, volviendo á disparar, produjo una herida semejante á la primera. Hizo un tercer disparo, y, seguidamente, soltó los tres que le quedaban. La frente de Napoleón III voló en partículas blancas; pero los ojos, la nariz y las retorcidas puntas del bigote quedaron intactas.

Entonces, desesperado el doctor, derribó la silla de un puñetazo, y, poniendo el pie sobre la efigie imperial caída, en actitud de vencedor, volvióse hacia el público aturdido, exclamando:

—¡Perezcan así todos los traidores!

Pero como ningún entusiasmo se manifestaba en

la muchedumbre, como aquellas gentes parecían estúpidas, incapaces de toda exaltación, el comandante ordenó a su tropa:

—¡Ya podéis iros adonde queráis!

Y también el comandante se retiró a su casa, muy de prisa, como si huyese.

La criada, en cuanto le vió, le dijo que unos enfermos le aguardaban en su despacho para consultarle, hacía más de tres horas. Entró en el despacho. Eran los campesinos de las varices, que habían vuelto al amanecer obstinados y pacientes.

Y en seguida el hombre insistió en sus explicaciones:

—Empecé sintiendo como si me corriesen hormigas por las piernas...

